

# LA MANÍA DE ESCRIBIR <sup>1</sup>

LUIS BUENO OCHOA <sup>2</sup>

## CÓMO EMPEZAR

Escribir sobre el hecho de escribir hace que uno se vea envuelto en una especie de bucle y no acierte a decidir cómo empezar. Las cinco preguntas del periodismo, también conocidas como las cinco W (y una H), podrían constituir una inestimable ayuda para empezar; ya se sabe: *Who?* (¿Quién?), *What?* (¿Qué?), *Where?* (¿Dónde?), *When?* (¿Cuándo?), *Why?* (¿Por qué?) y *How?* (¿Cómo?). Sin embargo, tanto interrogante, pese a lo enigmático de las preguntas, sobre todo cuando uno se las formula a sí mismo, en voz alta, conduciría a una especie de ejercicio de taxonomía academicista, o de camuflado *amarillismo*, que despierta cierta pereza. Y la pereza, la desgana es, más incluso que el *horror vacui*, tan extendido, lo que acompaña al acto-pulsión de escribir.

## CÓMO CONTINUAR

Eso de empezar descartando es una forma indirecta de empezar pero es, decididamente, una forma de hacerlo. A poco que uno repare en ello se da cuenta de que gran parte de lo que hacemos, o dejamos de hacer, es producto de la acción de descarte. Elegir es patrimonio de pocos; optar (o sea, descartar, dicho sea con algún toque de eufemismo) es, en cambio, a lo que la mayoría puede —podemos— aspirar. Bien, como se puede apreciar estos primeros compases no son nada entusiastas... pero, en fin, no se olvide que escribir requiere esfuerzo, dedicación, incluso alguna idea o, por lo menos, una simple ocurrencia, y eso suele estar alejado de esa alegría del vivir exultante que no suele coincidir, remarquémoslo, con el hecho de escribir. De hecho, son pocos los que cuando se sienten plenos, eufóricos, felices, etc.

---

<sup>1</sup> Primer premio, en la modalidad de *Ensayo*, en el XXVI Concurso Memorial Florencio Segura, fallado en mayo de 2012, presentado bajo el lema *Un (im)prescindible*.

<sup>2</sup> Profesor de la Facultad de Derecho-ICADE. Universidad Pontificia Comillas de Madrid. E-mail: lbueno@der.upcomillas.es

se ponen a escribir. Lo de escribir es, de alguna manera (fatídico e irritante giro), una forma de olvidarse de —o rehuir— vivir.

## LO QUE OTROS HAN DICHO ANTES

Podría dedicarme a glosar lo que otros, tantos otros, han dicho antes sobre el acto de escribir. Muy posiblemente, en tal caso, estas páginas, emborronadas con esa tinta que antojadizamente mis dedos hacen aparecer y desaparecer en la pantalla del monitor, se salvarían de quedar condenadas por falta de rigor. No es seductora esa ocurrencia, o no lo es del todo, por lo que decido, de nuevo, descartarla. Bien, está bien, rectifico (porque puedo hacerlo, porque quiero y decido hacerlo), mas sólo en parte. Esto de poder cambiar la ruta de lo que escribo, describo, reescribo..., es tan fatalmente sugestivo... Quizá no lo sea del todo, por caprichoso, pero sí, es indudable, algún misterio anida en ello. Retomo, pues, siquiera sea parcialmente, lo anunciado y, para esta ocasión, la respuesta en forma de tetralogía de George Orwell cuenta con innegable valor indicativo: a la pregunta de *Por qué escribo* ofrecía Orwell, dejando aparte la necesidad de ganarse la vida y aun acotada a la escritura en prosa, estos cuatro grandes motivos: 1. egoísmo agudo; 2. entusiasmo estético; 3. impulso histórico, y 4. propósito político.

## EL GÉNERO Y EL NÚMERO

En el párrafo anterior ha sido introducida una observación, la escritura en prosa, que junto con otras que se dirán merece ser tenida en cuenta. Escribir es una actividad que está siempre cercada por la crítica. Los críticos clasifican, demonizan y ensalzan. Los premios literarios, que precisan de críticos (como miembros del jurado), tienen que decidir y para ello, antes, han de ocuparse de que el objeto de su crítica, de su decisión, encaje en un género (narrativa, artículo periodístico, poesía, ensayo...) y lo haga, además, según un número (tantos folios, tantas palabras, tantos versos...). El crítico participa, pues, del resabio académico de las clasificaciones y quien escribe se somete, deliberada o involuntariamente, a los críticos. Someterse al dictamen de los críticos es, en general, inevitable. Y lo es todavía más cuando uno decide, por vanidad o quién sabe por qué otras razones, presentarse a un concurso literario.

## EL GÉNERO, QUE NO CESA

La distinción entre géneros literarios no ha quedado tan clara como tenía *in mente* a medida que iba viendo cómo quedaba la composición del párrafo anterior. Separar la prosa de la poesía, por ejemplo, podría ser como distinguir entre un corredor de fondo y un velocista. El paralelismo no está, bien pensado, mal traído pero reconozco que pretender ser original es un lastre del que hay que deshacerse. Con todo, podría desmentirse la clasificación anterior confundiendo uno y otro género para terminar hablando, como si de una inquietante muestra de hermafroditismo se tratara, de prosa poética, verso libre, incluso verso suelto... Lo de los géneros es, admitámoslo, un corsé al que sólo cabría reconocer, en puridad, virtualidad orientativa.

### *FACERE SCRIBENDA, SCRIBERE LEGENDA*

¡Qué bonito eso de adornar lo que escribimos con expresiones en latín! Bonito, lo que se dice bonito, es un decir porque la erudición, la erudición aparente (o sea, incidir en el conocimiento —*lo cuantitativo*— para despreciar, siquiera sea implícitamente, el pensamiento —*lo cualitativo*—), fatiga tanto que llama a la puerta del fantasma del aburrimiento. Pues bien, vendrá observar que también las «lenguas muertas» encapsulan las ideas y proyectan y revuelven los lugares comunes. Un ejemplo: el del título del actual corte de la exposición que parece anudar el acto de escribir, haciéndolo (léase «escribiendo») y, además, leyendo. Que para escribir haya que hacerlo es redundante porque, como nadie pondrá en duda, «el movimiento se demuestra andando». Ahora bien, la conexión escritura-lectura puede ser engañosa. Aunque, en general, quien escribe, lee y, seguramente, más de lo aconsejable corriendo el riesgo, efectivo, no figurado, de convertirse en un *letraherido*, leer más de la cuenta, valga la expresión, puede poner en peligro la escritura propia. Eso que se llama, no exento de cursilería, escribir «con voz propia». La impostura es, como la erudición, un peligro, otro riesgo más, del que es muy difícil conseguir zafarse. Llegados a este punto no será inoportuno lanzar una provocación, o algo parecido a un reto, para que quien esté libre de pecado tire la primera piedra... (inciso-digresión: no veo que nadie lance ninguna piedra..., seguiré escribiendo, afuera hace frío y aquí, con la música de fondo, no se está mal o, quién sabe, no tengo nada mejor que hacer... ¿seguro?).

## CÓMO ESCRIBIR

Empecé descartando la plantilla de las cinco W (y una H) y me acabo de dar cuenta de que soy víctima de la H. Claro, como está escrita entre paréntesis no he podido resistirme a su magnetismo. Sobre *cómo escribir* se podrían decir muchas cosas pero renuncio a decir ninguna. Rectifico, nuevamente, rectifico (antes dije que rectificaba porque podía, quería y decidía hacerlo; ahora, abusando del paréntesis, digo que lo hago porque contradecirse oxigena e incluso puede resultar liberador). En algún sitio he leído que alguien distinguió entre *escritores-pintores* y *escritores-músicos*. Creo que éste puede constituir un buen camino en el que recalar. Pues no, decido cambiar el rumbo otra vez: no repararé en dicha distinción a no ser para citar un ejemplo de *escritor-pintor* (Ramón Gómez de la Serna, acreditado retratista) y otro de *escritor-músico* (el japonés Haruki Murakami, con un doble brindis a los escarabajos y a la música de jazz; seguro que ningún experto crítico criticaría, de manera desfavorable, este juicio crítico... ¿pero es que nadie va a ser capaz de no molestarse por confundir el rol de crítico, escritor, artista...?).

## PARA QUÉ ESCRIBIR

De nuevo vuelvo a tropezar con la misma piedra. Se confirma la maldición: *Errare humanum est, sed perseverare diabolicum*. La plantilla de las cinco W no cesa en su persecución. Sí, es humano y, posiblemente, equivocarse, equivocarnos, no deja de tener una atracción, como *La literatura y el mal*, a veces insuperable. El ansia de corrección, el afán perfeccionista se pueden curar escribiendo. Si quien escribe pretende erigirse, como deriva mesiánica, en un perfecto creador no cesará de sufrir y, posiblemente, no escribirá, no podrá escribir. Engrosará, eso sí, la lista de los infecundos Bartlebys; de suerte que el espejismo ágrafo de la imposible perfección, por muy correcta que fuera su pose, acabará apoderándose de su alma. Su condena será vivir; pero querrá escribir en lugar de vivir y, muy probablemente, se acabará revelando como un ser incapaz de una cosa y la otra: ni escribir, ni vivir, o sea, un pleno en cuanto a la *impenititud descreadora*.

## POR QUÉ ESCRIBIR

Sigo acumulando errores que ahora llamaré olvidos, falseamiento del plan, del método y no sé cuántas cosas más. Se me acaba el tiempo y no he

citado aquello que sirvió como inspiración para decidirme a escribir esto que he titulado, tomándolo prestado, «La manía de escribir». Quería haber invitado a estas páginas a Norman Mailer (y su *arte espectral*); a Paul Auster (y sus *experimentos con la verdad*, una vez terminado su *Diario de invierno*); a Thomas Bernhard (cuyos relatos autobiográficos y sus cursivas tanto dan que sentir-pensar; como muestra un botón: *la dirección acertada en la dirección opuesta...*) y a otros más, muchos más, pero el tiempo (léase, también, el espacio) se está terminando. Al menos, qué resignación más reconfortante, sí ha hecho acto de presencia Ramón, el siempre admirable, y no tan admirado como debiera, Ramón. Con eso ya es bastante.

## LA MANÍA DE ESCRIBIR

Pues no es bastante, vuelvo a desdecirme. Y no es bastante porque no estoy dispuesto a cerrar el círculo en el que me veo rodeado, manifiesta y alevosamente defectuoso, por cierto, sin citar a quien lo ha suscitado. Josep Pla, a quien alguien ha considerado imprescindible (como si un escritor pudiera ser acreedor de semejante calificativo), dejó escrito en *El quadern gris*, el 23 de diciembre de 1918, lo que confiere una justificación consistente y, sobre todo, persuasiva, al hecho de escribir:

«Es objetivamente desagradable no sentir ninguna ilusión —ni la ilusión de las mujeres, ni la del dinero, ni la de llegar a ser alguna cosa en la vida—, nada más sentir esta secreta y diabólica manía de escribir —con tan poco resultado—, a la cual sacrifico todo, a la cual, probablemente, sacrificaré todo en la vida. Me pregunto: ¿qué es preferible: un pasar mediocre, alegre y conformado o una obsesión como esta, apasionada, tensa, obsesionante?».